

ALAN KREIDER

LA PACIENCIA

El sorprendente fermento
del cristianismo en el Imperio romano

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2017

Dedicado a Kim y Sally Tan,
que encarnan el fermento paciente

Tradujo Francisco Javier Molina de la Torre
sobre el original inglés

© 2016 by Alan Kreider.

Originally published in English under the title

The Patient Ferment of the Early Church

by Baker Academic, a division of Baker Publishing Group
Grand Rapids, Michigan 49516, U.S.A.

All rights reserved

© Ediciones Sigueme S.A.U., 2017

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1983-7

Depósito legal: S. 458-2017

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Abreviaturas</i>	15
I. CRECIMIENTO Y PACIENCIA	19
1. El improbable desarrollo de la iglesia	21
2. El bien de la paciencia	29
3. Empujones y tirones	57
II. FERMENTO	97
4. Los cristianos como agentes de crecimiento	99
5. Las comunidades como cultivos de paciencia	119
III. LA CONFIGURACIÓN DEL «HABITUS»	163
6. La catequesis y el bautismo	165
7. El culto	225
8. Las «palomas astutas» en la <i>Didascalia apostolorum</i> ...	267
IV. LA TRANSFORMACIÓN DE LA PACIENCIA	289
9. La impaciencia de Constantino	291
10. Agustín y la justa impaciencia	331
<i>Epílogo</i>	349
<i>Bibliografía e índices</i>	351
<i>Índice general</i>	379

PRÓLOGO

La expansión de la iglesia cristiana en el imperio romano constituye un misterio. Los especialistas que dedican su vida a estudiar este fenómeno siguen encontrándolo sorprendente. ¿Por qué aquel culto misterioso menor del Mediterráneo oriental (insignificante, despreciado, marginal) se desarrolló de forma tan considerable, llegando a sustituir a los prestigiosos y bien financiados cultos que contaban con el respaldo del imperio y de la aristocracia? ¿Qué fue lo que permitió al cristianismo prosperar hasta convertirse en la religión oficial del imperio en el siglo V?

Algunos han intentado responder a esta cuestión subrayando el choque de ideas. Durante los primeros siglos de la iglesia, los cristianos llevaron a cabo una intensa reflexión; aprendieron a presentar sus ideas de distintas formas en el diálogo y el debate con los seguidores de otras religiones. Dentro de esta corriente, una obra clásica es *Evangelism in the Early Church*, de Michael Green, publicada en 1970. Otros estudiosos, siguiendo las huellas del británico Edward Gibbon, historiador de la Antigüedad que vivió en el siglo XVIII, han señalado como «causas» del triunfo de los cristianos su celo intolerante, su doctrina sobre la vida después de la muerte, sus poderes milagrosos, su moral austera y su organización. Por su parte, Ramsay MacMullen, en su *Christianizing the Roman Empire*, publicado en 1984, añadió una sexta causa a la lista de Gibbon: la fuerza; en los primeros siglos, la fuerza psicológica de los exorcismos y los milagros, y en los siglos IV y V, la fuerza física, respaldada por el Estado, de la destrucción y la coacción.

Por mi parte, ¿qué puedo añadir a estos dos planteamientos? Cuatro cosas.

En primer lugar, la paciencia. Esta no era una virtud apreciada entre los griegos y los romanos, y los estudiosos del cristianismo primitivo le han prestado escasa atención. Sin embargo, para los primeros cristianos tuvo una importancia crucial. Ellos hablaron y escribieron sobre la paciencia; de hecho, fue la primera virtud a la que dedicaron

un tratado, y terminaron escribiendo al menos tres sobre ella. Los autores cristianos la definieron como «la virtud más excelsa» y como «la mayor de las virtudes», la que era «especialmente cristiana». Los cristianos creían que Dios es paciente y que Jesús era la encarnación visible de la paciencia. Y concluyeron que ellos, poniendo su fe en Dios, debían ser pacientes: no pretender controlar los acontecimientos, no angustiarse ni tener prisa, y no recurrir a la fuerza para lograr sus metas. Presento la paciencia en el capítulo 2 y reaparecerá a lo largo del libro. Al reflexionar sobre ella, podremos entender mejor la resiliencia y el estilo de vida singular de los primeros cristianos, aspectos que propiciaron el crecimiento de la iglesia.

En segundo lugar, el *habitus*, o sea, su comportamiento corporal y visible. Las fuentes rara vez testimonian que las primeras comunidades crecieran porque los cristianos ganaran debates; antes bien, prosperaron porque la conducta habitual de estos (enraizada en la paciencia) resultaba peculiar y atractiva. Su *habitus* —término que tomo del sociólogo francés Pierre Bourdieu— les permitió afrontar, de una manera que ofrecía esperanza, problemas a los que todo el mundo se enfrenta sin encontrar normalmente solución. Cuando se cuestionaban sus ideas, los cristianos remitían a su forma de actuar, a sus obras. Creían que su *habitus*, la conducta que encarnaban, era elocuente por sí mismo. Su comportamiento revelaba su fe, era una puesta en práctica de su mensaje. Las fuentes indican que fue su *habitus*, más que sus ideas, lo que atrajo a la mayoría de los paganos que terminaron por unirse a ellos. En este libro, el *habitus* aparece por vez primera en las historias que narro en el capítulo 3, y caracteriza las peculiares formas de testimonio individual y grupal que presento en los capítulos 4 y 5. Al igual que la paciencia, el *habitus* impregna el resto del libro.

En tercer lugar, la catequesis y el culto. Los primeros cristianos ponían mucho empeño en la configuración del *habitus* de sus miembros. Por ello, daban una gran importancia a la catequesis (la formación y la enseñanza esmeradas) de preparación para el bautismo. De hecho, los cristianos se tomaban la catequesis mucho más en serio que los miembros de otras religiones de su época, y ello por una buena razón: creían que quienes habían sido educados en la sociedad grecorromana tenían firmemente arraigados los hábitos impacientes, opuestos a los de Jesucristo. Sabían por experiencia que, para que una persona adquiriese costumbres caracterizadas por la paciencia, necesitaba tiempo, la ayuda amistosa de unos tutores y un entorno que le facilitase crecer en el es-

tilo de vida paciente típico de los cristianos. A los catecúmenos (o sea, a quienes estaban recibiendo catequesis para prepararse al bautismo) y, por supuesto, a los de fuera, no se les permitía participar en la oración comunitaria y la eucaristía, que constituían el corazón del culto. Terminada su instrucción, los aspirantes a cristianos eran bautizados y después sustentados por el culto de las asambleas cristianas. Este era esencial para la misión de la iglesia. En él los cristianos glorificaban a Dios y renovaban su *habitus* paciente. Los capítulos 6 y 7 trataremos del empeño formativo de la catequesis y la fuerza nutritiva del culto. Ambos, a mi juicio, fueron claves en la expansión de la iglesia.

En cuarto lugar, el fermento. Los primeros cristianos no escribieron de forma explícita sobre esta cuestión, pero me parece una metáfora útil para describir la manera en que se produjo su crecimiento paciente. Actuaba con tenacidad, en virtud de lo que el teólogo Orígenes llamó la «fuerza invisible» de Dios; no era susceptible de control humano y tampoco podía acelerarse su ritmo. Pero en el fermento había una energía efervescente —una vida interior que se expandía desde lo más hondo— cuyo potencial era inmenso. Veremos dicho fermento a lo largo del libro. Y en los capítulos 9 y 10, en los que reflexionaré sobre el emperador Constantino y sobre el formidable teólogo que es Agustín, preguntaré qué sucedió con ese fermento de paciencia cuando los cristianos trataron de controlar el cambio y de forzar el ritmo.

Según iba escribiendo este libro, iba cobrando conciencia de la audacia de mi empresa. En nuestra época, muchos sostienen que los grandes relatos están muertos. Los estudiosos actuales saben que lo más inteligente es centrar la atención en temas concretos que puedan estudiarse exhaustivamente. Entiendo esta cautela y hasta cierto punto me sorprende mi propósito de rastrear la expansión de la iglesia cristiana a lo largo de cuatro siglos, usando la paciencia como guía.

Mi estudio tiene sus limitaciones. En primer lugar, apenas me ocupo de la compleja interacción entre gentiles y judíos de los primeros siglos. En el capítulo 8 trato de un ordenamiento eclesial que muestra cómo un conjunto de comunidades mesiánicas de Siria afrontaron tal interacción, pero el tema es mucho más amplio.

En segundo lugar, he sido demasiado optimista al hablar de la expansión de *la* iglesia primitiva, cuando la realidad era que en muchos lugares existían iglesias rivales. Soy consciente del «fraccionamiento» de los cristianismos primitivos de Roma y de otros muchos lugares, y sé que durante varios siglos siguieron existiendo iglesias «heréticas».

Me habría gustado detenerme más en el *habitus* de los grupos «gnósticos» y en su forma de desarrollarse, pero las características de su literatura lo convierten en un tema demasiado complejo —los generalmente llamados «gnósticos» no escribieron reglas eclesiásticas ni tratados sobre la paciencia—.

Y en tercer lugar, con gran dolor de mi corazón me he visto obligado a limitarme al imperio romano y excluir la interesante historia de la expansión de la iglesia en el imperio persa. En 2007 dediqué tres meses a dar los primeros pasos en el estudio de dicha historia, pero llegué a la conclusión de que se trataba de algo demasiado rico y variado como para incluirlo en este libro.

Así pues, esta obra tiene sus limitaciones, pero hay que admitir que también es audaz. Se ocupa de un periodo amplio: entre el Nuevo Testamento y la consolidación de la iglesia imperial en el siglo V. No me ciño a la costumbre de los estudiosos de escribir o sobre los primeros siglos del cristianismo, o sobre el cristianismo de la Antigüedad tardía. Además, el libro conjuga muchas disciplinas académicas: historia, teología, liturgia, ética y misionología. Los lectores tendrán que decidir si este planteamiento interdisciplinar es irresponsable o esclarecedor.

Una palabra sobre mi perspectiva personal. ¿En qué medida este libro ha quedado configurado por quien yo soy? Soy un varón estadounidense, cristiano menonita y doctor por Harvard con una tesis sobre la Reforma en Inglaterra. En la década de 1970, la iglesia menonita me envió como misionero al Reino Unido y allí viví treinta años realizando tareas muy distintas. Fui pastor en una pequeña iglesia y director del Centro Menonita de Londres y después del Centro para el cristianismo y la cultura del Regent Park's College de Oxford. Participé en una red anabaptista y en un movimiento por la paz. Estoy casado con Eleanor Kreider, cuya pasión por la liturgia la llevó a hacer un curso en Notre Dame que estudiaba en profundidad los ordenamientos cristianos. Compartía conmigo lo que iba descubriendo. A mediados de los 80 comencé a estudiar seriamente la iglesia primitiva. Desde entonces, he enseñado cristianismo primitivo en distintos países —encontrándome con un especial interés sobre todo en los del sur— y he escrito varios libros y artículos. En el año 2000, Eleanor y yo regresamos a Indiana, nuestra tierra natal, y desde entonces enseñé historia de la iglesia y pastoral en el Anabaptist Mennonite Biblical Seminary. Ahora, ya jubilado, reúno en este libro mis conocimientos sobre el cristianismo primitivo.

¿Influye en estas páginas mi subjetividad? Por supuesto, y esto puede ser bueno o malo, o ambas cosas a la vez. Por ejemplo, al estudiar a los primeros autores cristianos, he descubierto con sorpresa la presencia generalizada del tema de la paz en la vida y la misión de la iglesia. Y me he preguntado: ¿Por qué otros no lo han visto? ¿Por qué no lo vi yo antes y por qué lo veo ahora? ¿Es a causa de mi subjetividad? ¿Se les escapó a otros a causa de su subjetividad? ¿Y qué aspectos esenciales sigo ignorando o malinterpretando? Los lectores deberán juzgarlo.

AGRADECIMIENTOS

No se puede escribir un libro como este sin contraer deudas con mucha gente. Debo mucho a Michael Green por su *Evangelism in the Early Church*, y más a Ramsay MacMullen por su *Christianizing the Roman Empire*; también a estudiosos como Paul Bradshaw y Everett Ferguson. Y a Georg Kretschmar, Norbert Brox, Wolfgang Reinbold y Rodney Stark, que tanto han configurado mi pensamiento.

Entre mis amigos y colaboradores quiero destacar a Christopher Rowland y Eoin de Bhaldraithe, que leyeron el borrador. También a Andy Alexis-Baker, David Boshart, Shana Peachey Boshart, Andy Brubaker-Kaethler, Matt Cordella, Leslie Fairfield, Everett Ferguson, Brian Haymes, Jay Freel Landry, Stuart Murray Williams, Gerald Schlabach y Wilber Shenk, entre otros. En mi reflexión sobre el planteamiento agustiniano de la paciencia, Gerald Schlabach ha sido de particular ayuda. No puedo olvidar tampoco a James y Barb Nelson Gingerich, ni a Ryan Harker, Rachel Miller Jacobs, Loren Johns, Eleanor Kreider, David B. Miller y Mary Schertz.

Kim y Sally Tan son amigos que han creído en mi proyecto y lo han apoyado hasta su culminación. A ellos les dedico este libro con inmensa gratitud.

No podría haber escrito este libro sin el respaldo de diversas instituciones: el Mennonite Board of Missions (ahora Mennonite Mission Network), el Anabaptist Mennonite Biblical Seminary (en especial el director auxiliar de su biblioteca, Karl Stutzman), y el programa Studium del monasterio de San Benito en Saint Joseph (Minnesota).

Pero sobre todo debo dar las gracias a mi esposa, Eleanor. Entre sus numerosos dones figura un profundo conocimiento del cristianismo primitivo. Ella leyó y criticó muchos borradores de estos capítulos y fue paciente aun cuando no se apreciaban claros signos de fermento.

¿Cómo puedo dar las gracias a mi esposa y a tantas personas queridas? Como mínimo, eximiéndolas de toda responsabilidad en los fallos que hayan quedado sin enmendar.

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo</i>	9
<i>Abreviaturas</i>	15

Primera parte CRECIMIENTO Y PACIENCIA

1. EL IMPROBABLE DESARROLLO DE LA IGLESIA	21
2. EL BIEN DE LA PACIENCIA	29
1. Justino: la paciencia en Roma	31
2. Clemente de Alejandría: la paciencia, un estilo de vida	33
3. Orígenes: la paciencia perseverante, el núcleo del testimonio cristiano	34
4. Tertuliano: la paciencia, la naturaleza de Dios y el estilo de vida de la esperanza	37
5. Cipriano: la paciencia, seguir las huellas de Cristo	42
6. Lactancio: La paciencia es la virtud suprema y la clave del culto y de la misión	49
7. Conclusión: el bien polimorfo de la paciencia	54
3. EMPUJONES Y TIRONES	57
1. ¿Pueden cambiar los seres humanos? Las realidades del <i>habitus</i>	59
2. Religión pública	62
1. Roma, 69 d.C.: la reconstrucción del Capitolio	62
2. Cartago, 203 d.C.: «juegos» en la arena	65
3. Asociaciones privadas	74
1. Una sociedad funeraria en Lavinium, 136 d.C.	75
2. La asociación cristiana de Cartago: Tertuliano, <i>Apol.</i> 39	79
4. La religión en respuesta a una crisis	86
1. Paganos: los oráculos de Apolo	87
2. Cartago: el sermón de Cipriano	89
5. Conclusión	94

Segunda parte
FERMENTO

4. LOS CRISTIANOS COMO AGENTES DE CRECIMIENTO	99
1. Misioneros en movimiento: la misión migrante	100
1. Cristianos extraordinarios: los Doce	100
2. Cristianos ordinarios	101
3. Profetas itinerantes	102
2. Los cristianos en casa	104
1. Carácter doméstico	105
2. La participación en la vida cotidiana	107
3. La mujer como portadora de la fe	108
1. Escribir sobre la mujer	109
2. El cristianismo primitivo como un movimiento femenino	110
3. ¿Qué motivaba a las mujeres?	112
4. Las mujeres en acción	113
5. Las esclavas y las esposas cristianas de paganos	115
4. Conclusión	118
5. LAS COMUNIDADES COMO CULTIVOS DE PACIENCIA	119
1. La apologética escrita y vivida	121
1. Escribir sobre el <i>habitus</i>	122
2. Escribir para el consumo interno	123
2. Inculturación: el cristianismo impregna la cultura	124
3. Comunidades singulares	128
1. Paciencia en los negocios	129
2. Disciplina sexual	130
3. Hombres, mujeres y niños	131
4. Manifestaciones del poder divino	136
a) Oración de exorcismo	137
b) Oración de sanación	140
c) Exorcismos y curaciones en el desarrollo de la iglesia	143
5. La atención a los pobres	145
6. Una paciencia que prohíbe quitar la vida	148
7. Una paciencia que no se impone	149
4. El juicio final: la alarma de los cristianos	151
5. El <i>habitus</i> cristiano y la iglesia	153
1. Volver al <i>habitus</i> pasado (1): los «malos cristianos»	155
2. Volver al <i>habitus</i> pasado (2): una inculturación cuestionable ..	157
6. Conclusión	160

Tercera parte
LA CONFIGURACIÓN DEL «HABITUS»

6. LA CATEQUESIS Y EL BAUTISMO	165
1. Las acciones prácticas en la conversión de Cipriano	169
2. La <i>Didajé</i> : preparación para entrar en la comunidad cristiana	172
3. Aristides: la primera apología	174
4. Justino: de la adicción a la libertad	176
5. La <i>Tradición apostólica</i> : ¿un modelo general?	181
Fase 1. Evangelización: «encontrar cristianos, hallar un padrino»	183
Fase 2. El catecumenado: «escuchar la Palabra»	186
a) El contenido de la catequesis (1): temas generales	192
b) El contenido de la catequesis (2): Cipriano, <i>Quir.</i> 3	197
c) El contenido de la catequesis (3): las homilías de Orígenes	207
d) Dos preguntas sobre el catecumenado	213
Fase 3. La preparación para el bautismo: «escuchar el Evangelio»	216
Fase 4. El bautismo: «cantar un cántico nuevo»	221
7. EL CULTO	225
1. Banquetes - eucaristías	226
1. El banquete vespertino	226
2. La liturgia de la mañana	230
a) La reunión	231
b) La lectura y la enseñanza	232
c) Las oraciones y el beso	233
d) La cena del Señor	233
2. El sermón	235
3. Las oraciones habituales	246
1. La actitud y los gestos	246
2. La repetición de fórmulas	248
3. Una respuesta a necesidades concretas	249
4. Enfrentarse a las tensiones	250
5. El descontrol de las oraciones	251
6. La paciencia	252
7. El combate espiritual	252
8. La fuerza de la oración	253
9. Proteger las oraciones	255
10. La ley de la oración de Jesús	256
4. El beso de la paz	257
1. Inculcar el beso	258
2. La unidad y la paz	263
3. La paz rebosa	264
5. Conclusión	265

8. LAS «PALOMAS ASTUTAS» EN LA «DIDASCALIA APOSTOLORUM»	267
1. La formación de comunidades de judíos y gentiles	268
2. Gestionar el crecimiento	270
3. Liberar a los judíos de la «legislación secundaria»	271
4. Liberar a los gentiles de la «conducta habitual de su previo error»	273
5. La formación: el culto configura el <i>habitus</i>	274
6. Los obispos: negarse a hacer acepción de personas	276
7. Un ecosistema de paz	278
8. Un culto que fomenta la paz	279
9. Una evangelización que promueve la paz	281
10. El testimonio de las mujeres: esposas y diaconisas	282
11. El control de las viudas	283
12. Canales para el ingreso	286

Cuarta parte

LA TRANSFORMACIÓN DE LA PACIENCIA

9. LA IMPACIENCIA DE CONSTANTINO	291
1. Constantino y la conversión	297
2. ¿Por qué no se bautizó Constantino?	299
3. El <i>habitus</i> de Constantino	302
4. Lactancio apela a Constantino: gobierna con paciencia	303
5. Constantino responde a Lactancio	307
6. La cristianización de la ley	310
7. Un experimento: Constantino el cristiano y la misión paciente ...	312
8. La política religiosa de Constantino	315
1. El favoritismo hacia la iglesia aceptable	316
2. El trato a los disidentes	318
3. Los juramentos	320
9. La conversión de Constantino: Nicomedia, año 337	322
10. ¿Se ha transformado la paciencia?	323
10. AGUSTÍN Y LA JUSTA IMPACIENCIA	331
1. El tratado <i>Sobre la paciencia</i> de Agustín	332
2. Agustín y la tradición de la paciencia	335
3. Agustín y Cipriano	339
4. Agustín y el futuro de la paciencia	341
5. La revolución misionera de Agustín	346
<i>Epílogo</i>	349
<i>Bibliografía general e índices</i>	351